

CÁBALA Y HERMENÉUTICA

Humberto Martínez

Cohen D., Esther, *La palabra inconclusa. Siete ensayos sobre cábala*, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 1991, 153 pp. (Bitácora de poética, No. 2).

ESTA obra de Esther Cohen es insólita en los medios académicos universitarios. El estudio de la cábala, desde la perspectiva hermenéutica, tal y como lo realiza la autora, revela lo fructífero que puede resultar prestarle una debida atención, fuera del lugar en que los “ocultistas” contemporáneos la han venido trabajando de manera muchas veces fantásica y distorsionada. Pero es en la relación que se establece con las teorías lingüísticas y hermenéuticas actuales, donde se manifiesta el valor e importancia de estos ensayos.

A Gershom Scholem (1897-1982) se debe, en este siglo, el inicio de esa nueva concepción que intenta rescatar, con mayor seriedad y rigor académico, la historia de la espiritualidad que subyace en la tradición judía. Más recientemente, y siguiendo sus lineamientos, Moshe Idel ha venido a poner en claro un aspecto con el que la autora de este libro concuerda: que la cábala no es una manifestación tangencial o ajena a

la cultura hebrea, sino el corazón de la misma. Es esencialmente ella, nos dice, la que “responde por la profunda dimensión de la espiritualidad judía”. Esta es una tesis de fundamental importancia, y que quisiéramos subrayar de entrada, al comentar, en lo que sigue, sólo algunas de las ideas que se encuentran en la rica y sustanciosa mirada que nos presenta Esther Cohen en estos ensayos.

El problema es tratado desde el inicio. Al considerar el significado de la misma palabra cábala (*qabalah*) como: “lo que es recibido”, lo que es transmitido de uno a otro, “tradición”, en el sentido más general, se presenta el hecho de que si la cábala es en sí misma “continuidad” de la verdad del pasado, su expresión frente al rabinismo ortodoxo y legalitario, lo que llamaríamos el aspecto exotérico de la tradición judía, aparece como una ruptura. “Toda la historia [cabalista] medieval está plagada de indisciplina y transgresión”

(p. 21). “¿Cómo —se pregunta la autora— hacer coincidir en un mismo plano la continuidad con la ruptura?” La respuesta, para la autora, se encuentra en la dinamicidad y apertura del Texto (la Biblia) que lleva en su interior el germen de la transformación, del movimiento y el cambio. “En este sentido —agrega— la cábala, sin dejar de rendirle culto al pasado, es crítica frente a éste y frente a sí misma”. El cabalista es un lector “amoroso” y tradicionalmente conservador de su religión, que, sin embargo, al enfrentarse al Texto sagrado puede, por esa característica propia de dicho Texto, la de no ser directamente claro en su sentido, de tener múltiples e infinitos significados, de ser críptico, concluir su lectura con una interpretación heterodoxa ante la interpretación ortodoxa de la religión institucionalizada. Esta situación es realmente paradójica, tal y como la caracteriza la autora, pero no insoluble; o es, al menos, comprensible y explicable, si tomamos en cuenta una distinción de niveles que existen en toda religión revelada y, principalmente, de manera un poco extrema, en los monoteísmos de la tradición abrahámica: judaísmo, cristianismo e Islam. Se trata de los dos aspectos que son complementarios de

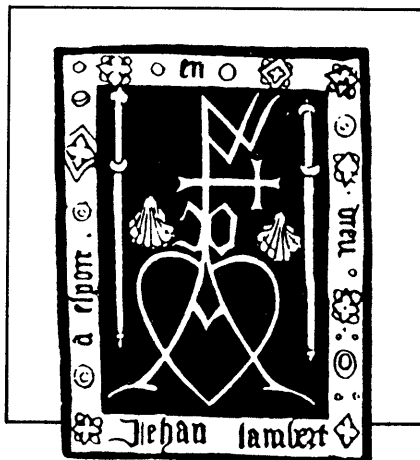
una sola y misma doctrina: la dimensión exotérica, representada por la forma legalitaria y social, y la dimensión esotérica, el *Pardes* (lo que en el lenguaje de los doctores de Israel adquiere el sentido particular de “dominio reservado al conocimiento esotérico”), que representa el núcleo esencial de la primera, y sin la cual ésta no tendría base. El esoterismo es “informal”, metafísico y elitista, por necesidad, es decir, de realización-salvación individual. La gnosis en el cristianismo, el sufismo en el Islam, serían las dimensiones esotéricas correspondientes a la cábala en el judaísmo. Muchas veces es difícil distinguir los dos aspectos porque se encuentran traslapados. Gran número de los maestros del esoterismo son, también, y al mismo tiempo, grandes dignatarios dentro del terreno exotérico. Pero es sólo en el esoterismo donde se encuentra la profunda estructura espiritual y metafísica de las formas exotéricas. Su dimensión (aunque no pueda desprenderse de su envoltura “formal” específica) es universal y concuerda, en principio, con la de todas las tradiciones. Pues debe haber un Origen común, y la Verdad es Una y Única, aunque se manifieste de muchas maneras. Las diferencias aparecen en las particulares formas de Revelación que son dadas según las diferentes características de pueblos, hombres y tiempos. Cada comunidad tiene su mensajero-profeta que le habla en su lengua-mundo-mentalidad. Con el tiempo y la necesidad de institucionalizarse con fines naturalmente sociales, el mensaje se va alejando de la verdad que fue expresada plenamente en el Principio. La verdad se va contaminando de las contingencias y azares en el inevitable cambio temporal de la existencia. El esoterista, el cabalista en este caso, intenta siempre mantener y recordar la verdad inicial, contactarse con ella, pero, al descubrirla en un determinado tiempo, deja de coincidir exteriormente con la forma institucionalizada y ya anquilosada, apareciendo extraño y herético.

Pero desde el origen de la Revelación para el judaísmo comienza la cábala, la transmisión, que no puede perderse, pues es la más verdadera y ortodoxa, en el sentido profundo, que le da *vida* a la forma legalitaria, cuya desviación es ineludible. Sólo aquí tiene sentido que mientras haya un lector cabalista de la Torá, seguirá existiendo el judaísmo como religión. Esto, en realidad, es un drama, el drama que es común a todas las “religiones del Libro”, a las comunidades que el *Corán* designa como *Al-al-Kitab*, que engloba a las tres grandes ramas de la tradición abrahámica antes mencionada. Es el drama de la “Palabra perdida”, pues la vida religiosa de dichos pueblos se determina por el estrecho vínculo que mantienen con el fenómeno del Libro santo revelado, con el sentido verdadero de ese Libro. Si dicho sentido es un sentido interior, oculto bajo la apariencia literal, que requiere ser reconocido e interpretado, desde el instante en que se desconoce o se rechaza, se mutila la integralidad del Verbo, del Logos, y comienza el drama de la “Palabra perdida”. En teología ortodoxa se expresa bajo el literalismo; en estos tiempos, por el agnosticismo. La labor del cabalista es entonces encontrar ese sentido interior, el verdadero. Para esto utiliza una peculiar forma de leer el Texto, haciendo una interpretación plenamente rigurosa dentro de las leyes del simbolismo analógico, una hermenéutica espiritual, porque el sentido es espiritual, y nada tiene que ver con los llamados “métodos históri-

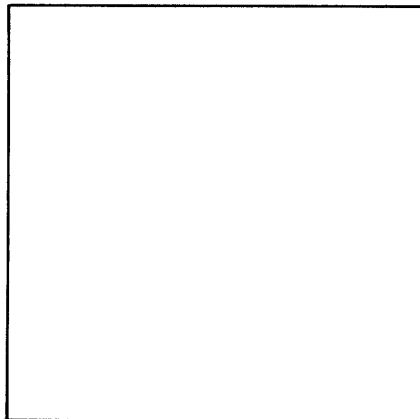
cos” de una interpretación secular moderna. Aquí se pone en juego al lector mismo, y a su modo de ser y, por lo tanto, de su modo de comprender.

Ahora bien, retomando el problema de la ruptura con la ortodoxia, podemos decir que si al recibir el cabalista los testimonios del pasado no se implica con ello el que se tenga que acatar de manera ciega sus órdenes (p. 18), no lo es porque haya de parte del intérprete, “del que recibe” la tradición, un afán de “innovar” o de poner en cuestión el concepto mismo de fidelidad. Se trata de “esclarecer”, de “descifrar” el sentido solamente oculto tras la letra. Obviamente esta operación corre riesgos cuando un lector no es más partícipe de la tradición, cuando se ha desligado de la cadena de transmisión (*shelshelet*, en hebreo; *silsilab*, en árabe) que garantiza el procedimiento. Pero ello no quiere decir que el Texto no sea, en una dimensión, abierto; lo es, precisamente porque el sentido interior no es dado de manera directa, y hay que descubrirlo. De aquí que se explique lo que la autora nos dice que se muestra de manera paradójica: “la cábala hace *saltar* la continuidad de la tradición remitiéndose siempre y fielmente a ésta” (p. 17). Así, la cábala parte del Texto (la Biblia) y desemboca al final en él. Nunca sale de él, pues él es el único que puede revelar el sentido. Es un recorrido en profundidad dentro del Texto mismo. Es la interpretación del hermenéuta cabalista, la que es “novedosa” con respecto a una lectura literalista, pero sólo con respecto a ésta, no porque vaya en contra del Texto o de la tradición, sino porque se sitúa en un nivel o dimensión distinta. Y es necesario recalcarlo, es sólo la “lectura”, no la letra del Texto mismo, que no es posible eliminar, y que en sí encierra el sentido oculto que el cabalista descubre con otra mirada, con otra manera de comprender. Lo literal es la cáscara que encierra o cubre el fruto.

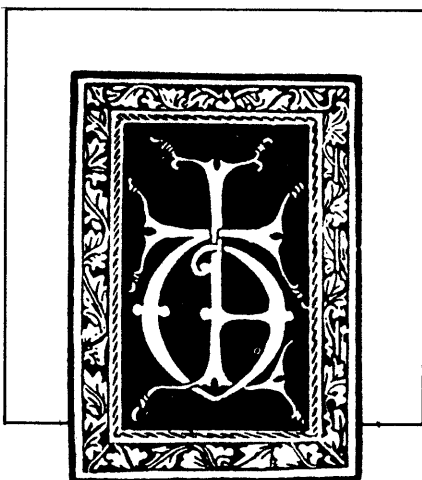
La distinción de niveles determina diferentes “continuidades” o “fidelidades”. Éstas sólo pueden juzgarse, en



esencia, dentro de un mismo nivel, y si en él ocurriesen “discontinuidades” se trataría de herejía. Pero si se toman las dos dimensiones en su justo proceder, la ruptura y discontinuidad que aparece de un nivel a otro es sólo aparente, aunque no deja de ser real en el nivel exotérico. Esotéricamente hablando, la hermenéutica espiritual del Libro santo es siempre indeterminada (en su exposición formal, no en su verdad), esperada, nunca concluida del todo, pues el sentido último sólo se revelará al final del ciclo. Hay, entonces, un acercamiento, pues, como dice la autora, “toda lectura es sólo un aproximarse a esa imagen vedada” (p. 66). Pero la lectura no es inconclusa a nivel personal, pues aquí sí se puede encontrar un sentido que transforma y realiza la identidad del individuo lector. El sentido último de la Creación, en cambio, no puede ser revelado para la mayoría, ya que es el secreto del destino del Ser. El sentido está en el Texto, y puede ser revelado, pero tal vez no comprendido por todos. El desciframiento no puede ser infinito, pues si no, no se emprendería la tarea de leer. No hay lectura por la lectura misma, sino por lo que se busca comprender. Tenemos, por consiguiente, distinciones sutiles que hay que establecer para salvar las paradojas. Por ejemplo, la proyección que el lector hace hacia el futuro. La misma palabra *qabbalah* tiene, por su raíz y derivaciones, un doble sentido: *qabl*, en hebreo, lo mismo que en árabe, significa a la vez “antes” (en el tiempo) y “ante” (es decir, enfrente, en el espacio). El estrecho parentesco, como lo señaló René Guénon, entre estas dos palabras, incluso en nuestras lenguas, muestra claramente que siempre se establece una cierta analogía entre estas dos modalidades diferentes: una en simultaneidad y la otra en sucesión. Aunque se trata la mayoría de las veces de una anterioridad temporal y, en consecuencia, que se refiere al pasado, sucede también que designan el futuro en la forma del “ir ante”, pues el futuro está “ante” nosotros. Esto puede



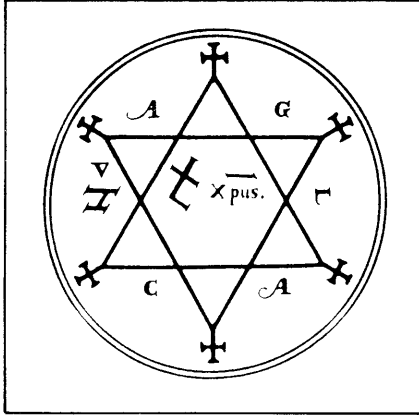
ayudarnos a comprender el porqué el Texto ante el que se coloca el cabalista es abierto, como el futuro; siendo lo insondable, lo de múltiples y posibles determinaciones, al inicio de la lectura, porque el Texto nos abre la posibilidad de un mundo que podemos compartir, en este caso una verdad transformadora, como diría Rocoœur, ya que al comprenderla nos comprendemos a nosotros mismos. Por eso ocurre lo que la autora nos dice: “como si paradójicamente, avanzando críticamente hacia el futuro, en términos cabalistas, la meta fuera siempre y obstinadamente el origen” (p. 28). Porque toda tradición se vincula a los orígenes y éstos al Origen único. Y ese es precisamente el significado de “tradición” (cábala), el de una transmisión regular e ininterrumpida desde el origen. Así, lo antiguo, lo que es primordial (*qadmon*), es lo que es “antes” pero “ante” lo que nos colocamos en el presente con respecto a lo que está “ante” (futuro) nos-



otros. Con el proceso de hermenéutica se obtiene un sentido que tiene significado para lo que vendrá, pues el destino está trazado desde el Origen, la fuente. Lo que sucederá quedó plasmado virtualmente, en potencia, por así decir, en el inicio: “los misterios —nos recuerda la autora— que guarda la Escritura desde el principio de todos los tiempos” (p. 60).

No hay que olvidar que en las sociedades tradicionales del Libro, leer e interpretar son actividades sagradas por excelencia. Detrás del Texto está siempre el Otro, el Autor, el Creador, con quien se intenta dialogar, si no es que conocer, o amorosamente identificarse con Él. Lo que no es único es el camino para llegar a Él, pues depende de la forma del sujeto lector. Se intenta descifrar el Sentido (con mayúsculas) que no es otro que el conocimiento del Absoluto. Descifrarlo es conocerlo y conocerlo es conocerse a sí mismo. Y si esto ocurre, se ha llegado al más alto nivel de comprensión, como Rabi Akiba, quien entró en el laberinto del Texto y salió en *paz*. Esto significa señalar una ley de correspondencia o sincronía muy importante: los modos de comprender están en función directa de los modos de ser. Lector y Texto se descubren y revelan a sí mismos. El despertar del Yo interior y su realización va a la par del descubrimiento del sentido verdadero. La autora lo dice de esta manera: “El lector no es un sujeto pleno que pre-exista al Texto, sino el resultado de un proceso de construcción que se lleva a cabo en su interior, un proceso, podríamos decir, de adquisición de identidad. De la misma manera, el Texto tampoco es una entidad plena, puesto que se ve permanentemente sometido a un proceso de lectura que interviene y responde en forma activa a las provocaciones” (p. 62) del lector.

La comprensión del cabalista es individual, no social, ni tiene que ver con la narración de una historia empírica de acontecimientos exteriores. La dimensión es interior y atemporal. No hay contradicción entre lo ortodoxo y lo he-

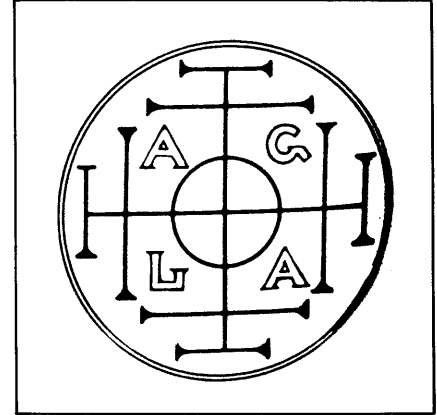


terodoxo, entre lo anómico y lo nómico; están en planos diferentes. Pero aparece contradictorio, y se muestra de hecho como una ruptura, en el plano social exterior. La misma ruptura que en todas las tradiciones religiosas se da entre lo individual y lo social, lo interior y lo exterior, lo exotérico y lo esotérico, entre la exégesis alegórica ortodoxa y la hermenéutica espiritual. Esto es, lo decimos nuevamente, el Drama. Pues la forma religiosa tiende a sedimentarse, a estructurarse en un único sentido comprensible y viable para todos, en una ley (*nomos*) que establece un orden temporal aquí en la tierra. Es la tradición institucionalizada. Pero, realmente, en el más profundo sentido, toda religión es mesiánica y escatológica, pues la Verdad, el Sentido, está antes y después de la historia. Es metahistoria, es atemporal. Lo "histórico" es sólo el "entre", la voz que clama entre dos silencios, el Silencio mayor y absoluto que todo lo engloba.

Así, la actividad del lector cabalista puede considerarse como la puesta en marcha de la vida del Texto, y, asimismo, por la correspondencia existente, del mundo, que no se detendrá mientras haya alguien que lea el Texto. Sin embargo, esto sólo toca un punto de vista que, extendido a la gestación de la historia, se relaciona más bien con la idea de "creación perpetua", que se encuentra tanto en tradiciones occidentales como orientales. Desde el punto de vista esotérico y hermenéutico espiritual más profundo, con la lec-

tura e interpretación del Texto sagrado (el Verbo manifestado), el lector se *reconduce*, en un proceso inverso al de la Creación, al punto de Origen, la Verdad, el Centro, pues la Creación misma fue un proceso de desplazamiento, de desenvoltura a partir de la palabra imperativa *kun*: ¡Sea!, el *fiat* original y existenciador.

Es imposible tocar aquí otras tantas cuestiones a las que este libro de Esther Cohen nos invita a pensar. Sólo quisiera señalar que la verdadera mediación para la aprehensión del Sentido es simbólica. El símbolo es revolucionario; la alegoría, inofensiva. El mito interviene, pero visto simbólicamente, como una *interpretatio mundi*, como un modo de comprender, de percibir, que, situándose en el Origen, precede y determina todas las percepciones exteriores y posteriores. La distinción entre "cábala teosófica" y "cábala exotática", es meramente de forma y grado, y corresponden a las clases de realización, por medio del conocimiento o del amor. Por último, en lo que no estamos de acuerdo con la autora es en la "concesión" que hace a los tiempos actuales al suponer que la modernidad es lo más importante. La actualidad —si se puede hablar de esto—, la importancia y el significado de la cábala, nada tiene que ver —y más bien se opone— con lo moderno. Esto último es pura y simplemente la negación de lo Tradicional, de la "tradición", es decir, de la cábala. Buscar en los cabalistas "modernos *avant la lettre*" es equivocado e innecesario. Más bien serían los modernos los que están redescubriendo verdades y aciertos de "antes", y que, al intentar asimilárselos, provocan paradójicamente una



ruptura con su propia modernidad. No obstante, debemos reconocer que la autora sabe esquivar muy bien el prejuicio historicista que a toda costa quiere ver "préstamos" en cualquier parte en que se advierten ciertas semejanzas. La cábala es propia del judaísmo, y, en su esencia, es universal. Hay "afinidades", un "modo compartido de pensar", como nos dice Esther Cohen, pues, agregaríamos, es perfectamente normal que una misma ciencia o manera de estructurar y de escribir el mundo, se encuentre en tradiciones diversas, ya que en ningún ámbito puede la verdad ser monopolio de una sola forma tradicional con exclusión de las demás.

La lectura de los ensayos de este libro resulta muy estimulante y es sumamente recomendable. Su exposición es brillante y las ideas están muy bien estructuradas y pensadas. Aparte de los ricos elementos que puede ofrecer al estudioso de la lingüística, de la hermenéutica y de la literatura en general, nos incita a reflexionar también en los estudios de religión y filosofía comparadas. Los viajes visionarios en el Zohar, por ejemplo, tienen una extraordinaria conexión con los relatos visionarios de Avicena y SohoroWARDI en el Islam, tal y como nos lo ha dado a conocer Henry Corbin. Un estudio en profundidad arrojaría mucha luz sobre la comprensión de la dimensión espiritual del fenómeno religioso, y esclarecería el fundamento común a las tradiciones de origen abrahámico.

Samael.

